

men, como homenaje—son sus palabras—“a la gloriosa y fecunda ancianidad del más universal de nuestros novelistas actuales”. La edición es bonita, y se enriquece con un sabroso prólogo autobiográfico del mismo don Pío, en el que recuerda los comienzos de su carrera literaria, y con la página crítica que dedicó al libro Unamuno, cuando fué publicado. Unamuno supo ver en estos primeros cuentos de Baroja influencia de Poe y de Dostoyevski. Hoy sabemos por las *Memorias* de don Pío que esos autores, junto con Dickens, Balzac, Tolstoi, Stendhal y Nietzsche, formaban el cuadro de sus intensas lecturas extranjeras de aquellos años.

¿Qué impresión causan al lector actual estos primeros cuentos barojianos? Yo confieso que los he leído con más curiosidad que placer, aunque algunos, como *Mari Belcha*, *Los panaderos*, *Medium*, *El trago*, *La venta* y algún otro conservan aún su frescura y vigor, ese inconfundible sello barojiano, mezcla de tristeza y desengaño y de amor por la vida, sobre un fondo casi siempre sombrío. Pero otros cuentos no llegan a serlo; son más bien esbozos de cuentos o vagas impresiones de ambientes y tipos humanos. Y en algunos pesa bastante la época en que fueron escritos, cierta filosofía nihilista que hoy nos parece algo trasnochada.

J. L. CANO

EL JARAMA, DE RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO

Recuerdo una noche de hace dos años, casi en las afueras de Madrid, con las ventanas del café y la conversación abiertas hacia las arboledas oscuras del Parque del Oeste, en que el poeta José Hierro y yo intentamos concretar en palabras la relación mejor y más vigente que entiendo puede existir entre novela y poesía. Su enunciado, dicho sea con intención experimental y no de dogma—puesto que los términos “dogma” y “creación” no parecen avenirse poco ni mucho—, era aproximadamente: “Novela es también poesía, *a la larga*.” Pero no se puede lucubrar de un modo inmediatamente poético, subjetivo y gratuito, escribiendo en prosa. El concepto *poesía en prosa* sí resulta aceptable, en cuanto empieza por detallar que aquello se trata, antes que nada, de poesía. (*Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, o *El contenido del corazón*, de Luis Rosales, son libros de sola poesía, sino que escritos en prosa.)

El de *prosa poética*, en cambio, se nos antoja un concepto incongruente, en cuanto se interfiere la eficacia de la prosa protagonista con las propiedades mágicas, ultrarrealas, propias de la expresión poética. La buena prosa, sin embargo, por un movimiento automático, desplaza a *la larga* la emoción de poesía en el lector. Lo implica todo, en su fundamento mismo, por natural y tácito atributo. *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, el libro que obtuvo el último Nadal, es netamente un libro de prosa pura, ajeno a perifollos y vaguedades líricas, que mueve y desplaza una gran cantidad de poesía. Por una razón casual de previa familiaridad con la obra, gozo o padezco hoy, frente a *El Jarama*, de una muy relativa capacidad de juicio. Pero no he visto en vivo, sobre la marcha, una voluntad de hacer prosa pura, una intensidad de intención y una enconada dedicación a lograrlo (1), como las de Rafael Sánchez Ferlosio en su libro.

UN RÍO Y UNA GENTE

Tiende *El Jarama* a sustanciar nada más y nada menos que eso. Un río humilde (es decir, un trozo de río humilde) una humilde gente. Con absoluta y premeditada dejación de todas otras posibilidades latentes en el tema, mediante una trabajadísima táctica de renuncia a cuanto no se dirigiese expresamente a ello, Rafael Sánchez Ferlosio ha querido pintar, y ha pintado, en *El Jarama* un vasto cuadro de costumbres, el ceñido ámbito de un paisaje y una gente modestos. A la desmenuzada veracidad de las figuras y los fondos ha sacrificado el escritor toda ampliación temática, toda vía de ensanche. La novela es como un *flash* que durase un domingo en vez de un segundo, reflejando con minuciosidad agotadora, con paciencia exhaustiva, el momento histórico de un determinado sector social madrileño, sito en unas circunstancias particulares—domingo de verano en el río—, pero no por ello más desasido de su franciscana y enteca realidad de cada día. La extraordinaria fidelidad con que ha sido captado el lenguaje de esta gente, la gran labor de arrastre supuesta por la espontánea tipificación de sus modales y actitudes, el penoso discurrir de los minutos novelísticos son fruto de una ambiciosa y celada deliberación, y revelan—en esto sí que no caben dudas—a un auténtico escritor, dueño y esclavo de sus propios valores, incalculables de momento, y feliz-

(1) Véase el artículo "Pequeña historia del Jarama", en *ABC*, de Madrid, del 21-III-56.

mente iniciado con el poético *Alfanhuí* (2) a un propuesto y extenso programa en puertas.

Desalentó a veces a Rafael Sánchez Ferlosio cuando *El Jarama* estaba empezando a tomar cuerpo definitivo y a respirar por su propia cuenta, lo mismo que le animaba a seguir su libro por la línea en que éste parecía configurarse, línea de renunciadas, de encastillada limitación. Inquietaban concretamente a Rafael la escasez de interés funcional, la vulgaridad, la poca sustancia literaria de lo que hacen y, sobre todo, de lo que dicen las vivos personajes de *El Jarama*. O sea, y paradójicamente, aquello que constituye precisamente la entidad vital del libro, en cuanto se trataba de no hacer más que eso, de fumarse, hasta la última hebra, el triste "Ideales" de su fluvial y pobre día de fiesta. Creo que empezamos, en este punto, a tomar al toro por los cuernos. *El Jarama* es un buen libro porque es capaz de sostener, durante un tiempo, administrado hasta la fatiga, y en pugna con las cortas enjundias de un mundo de hombres y mujeres entrañables, pero, a todos luces, anodinos, un cuerpo literario sólido y macizo que se tiene en pie "a pesar de". En efecto, y aunque no se tarda en cobrarles cierto afecto, las gentes de *El Jarama* poco o nada tienen que decir, poco o nada dicen, poco o nada hacen que pueda atraer sobre sí la renovada atención del lector de novela. Y he aquí, sin embargo, que *El Jarama*, en su condición de acabada pieza literaria, es un hecho indudablemente vivo e interesante. Tan sólo en las páginas de ahogamiento de Lucita, allá por el último tercio del libro, y en algún que otro suceso secundario, sacude la acción de *El Jarama* su tedioso y ensimismado discurrir, pasa al plano de lo verdaderamente "narrativo". Con todo, o, mejor dicho, a pesar de todo, *El Jarama* se trata de un libro excelente. Precisamente porque acaso todo está en contra y el autor lo sabía y lo asumió, sale tan con bien y adelante *El Jarama*, obteniendo luego su entereza, por una unanimidad de votos primera en la historia de los fallos del Nadal, el célebre premio catalán de novela.

DESCRIPCIÓN, NARRACIÓN

Me declaro muy seriamente interesado, de algún tiempo a esta parte, por la novela y el cuento documentales, donde el mero y simple dato estadístico adquiere, por virtud de su simple veracidad,

(2) *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid, 1951.

una grandeza quizá residente en su propia y propuesta limitación. No es nuevo este tipo documental de escribir, ya se sabe; nace con la literatura y es acaso su raíz misma. Luego van acosándolo la depuración de los géneros, las exploraciones, superaciones y virtuosismos de los escritores, hasta que, en ciertos momentos de la historia literaria, llega casi a desaparecer. Pero, en verdad, no puede desaparecer. Supone el principio, el fundamento de la creación literaria, y hay siempre quienes corren a rehabilitarlo de un modo terminante, extremado. Quizá no sea ésta la intención de R. S. F. en *El Jarama*, pero sí cae el libro, con su sorprendente apuración del dato, con su magnetofonismo dialógico, en la zona de las piezas literarias más documentales que narrativas. Como afecto a la precisión, a la justeza descriptiva, diré que *El Jarama* es de calidad excepcional. La tarea de miniaturista de simples baratijas verbales, de tipos y situaciones de una enorme trivialidad, de que Rafael hace gala en su libro, me parece de una fuerza desusada. Asombra pensar hasta qué punto ha tenido que replegar—o retraer—el novelista su propio mundo personal para llegar a verterse, total y exhaustivamente, en lo que hacen y hablan los horteras, los bebedores, los módicos veraneantes del río humilde y del humilde tiempo. Lo impone así el tema, tal como R. S. F. lo vió, y el autor no podía ni debía sustraerse a ello. Pero he aquí que no somos menos afectos a la idea de que en la novela tienen que *pasar cosas*. Debe provocar la novela (y es una actitud de vuelta en la que cada vez se siente uno más afirmado) un sostenido interés, ajeno y aun indiferente—Baroja—a las cualidades estilísticas del libro. Si estas cualidades estilísticas existen, mejor que mejor. *El Jarama* las tiene, y en cantidades considerabilísimas, pero quizá a costa de su interés—*interés narrativo*, entendámoslo bien—, y el que, con todo, permanezca en pie, es buena prueba de su radical calidad; en cuanto a su *inacción*, también radical y novelísticamente grave, no se convierte en *inercia*, no llega a deshacer la obra, a minarla; las facultades del escritor quedan reafirmadas.

EL TIEMPO

Carente—o casi carente—de la medula activa, de las peripecias narrativas que constituyen un factor importante del contar, el curso del domingo en que transcurre toda la acción de *El Jarama* puede resultar, pues, un tanto fatigoso. Lo que realmente cuenta, sin embargo, es que es un tiempo perfectamente apresado y *dicho*. “Si una

novela logra capturar al tiempo, si es capaz de hacernos llegar la marcha del tiempo de su asunto, y acostumbrarnos e incorporarnos a ese tiempo hasta hacer sentirnos parte de él, en él comprometidos, inmersos, no puede ser mala novela o, al menos, no puede ser mal libro" (3). Cueste o no hacerse de él, el tiempo sabe de verdad a tiempo en *El Jarama*. Rafael Sánchez Ferlosio, que ama la pintura, que conoce bien la pintura y que la lleva siempre consigo, en su bagaje humano y literario, ha *pintado al tiempo* en su libro, con seguridad y pulcritud pacientes, y nos ha dado, en las gradaciones de la luz por el río, en la tierra, en los árboles, en los seres y su hablar no sólo la sensación de tiempo en su novela, sino también su significación emocionada. El tiempo de *El Jarama* está todo ligado a sí mismo, actuante y espléndido, redondo como una bola acabada, insignificante y entrañable en su rodar, como el propio y logrado mundo de la obra.

FERNANDO QUIÑONES

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA DE TOYNBEE

Con la publicación de los cuatro últimos volúmenes de su *A Study of History*, el profesor Arnold J. Toynbee ha dado remate a su ambiciosa tarea, emprendida en 1927, de encontrar, tras un análisis "empírico" de las civilizaciones que coexisten hoy sobre la tierra y las ya desaparecidas, las posibles "leyes" de la Historia. Su Estudio estaba concebido en trece etapas, cuya sola enumeración da una idea de la vastedad de la obra realizada por Toynbee. (Introducción. El Origen de las Civilizaciones. Su crecimiento. Su crisis. Su desintegración. Los Estados Universales. Las Iglesias Universales. Las Edades Heroicas. Contactos de las Civilizaciones en el Espacio. Contactos en el tiempo. Ritmos de las Civilizaciones. Perspectivas de la Civilización Occidental. La inspiración de los historiadores.) Las primeras etapas de este plan fueron desarrolladas en los tres primeros volúmenes de la obra, publicados hace veinte años. Los puntos cuatro y cinco del programa fueron tratados en los volúmenes IV, V y VI, aparecidos cinco años más tarde, y los volúmenes VII al X (1954, octubre) completan el proyecto.

(3) F. Q.: *Tres ensayos ingenuos sobre novela*.